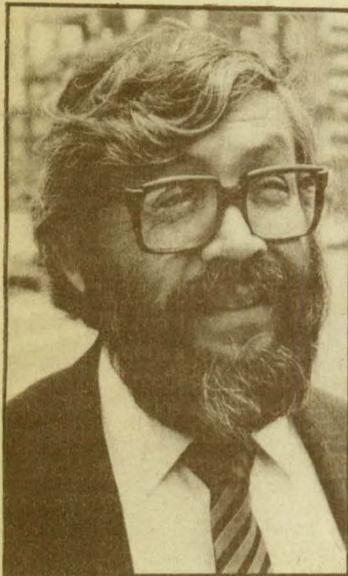


Hacia El Poder

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



"El PAN será protagonista infaltable".

Luis H. Alvarez fue elegido el fin de semana pasado jefe nacional del PAN. Reemplaza a Pablo Emilio Madero, a quien derrotó en la búsqueda no sólo de la presidencia panista, sino también en la definición de la línea que su partido seguirá en los próximos años, cuando cosecha los frutos que, reunidos, le han dado su perseverancia y la particular situación de la clase media mexicana, donde sigue reclutando la mayor parte de sus votantes.

Fundado en septiembre de 1939, el Partido de Acción Nacional fue una respuesta de grupos empresariales al cardenismo. No es que lo integrarán sólo representantes de tales grupos, sino que la constitución del partido obedeció a sus necesidades históricas. Cuando pocos años antes el presidente Cárdenas había llegado hasta el núcleo mismo del ya poderoso grupo Monterrey, a intimar a los industriales para que se retiraran si es-

taban cansados, como alegaban, había quedado claro que el régimen era un adversario histórico del que había que cuidarse y si bien la designación del candidato Manuel Avila Camacho, ya realizada al momento de ser fundado el PAN, tranquilizó sus ánimos, también era verdad que los empresarios riomontanos habían resuelto ya disponer de un instrumento de presión mediante el cual contribuir a que la política nacional se delineara en el sentido que les resultara aprovechable.

Creado al impulso de don Manuel Gómez Morin, esta obra cerraba un ciclo de la vida de este abogado que había nacido en Chihuahua. Joven sabio universitario, puso sus talentos al servicio de los primeros gobiernos revolucionarios, especialmente los procedentes del grupo Sonora, y luego inició su camino hacia un liberalismo conservador del que ya dio cuenta en su época de rector universitario y que se expresó con mayor nitidez cuando, desde las oficinas jurídicas del Banco de Londres y México (que al paso del tiempo sería la banca Serfín), convocó a católicos y liberales a la fundación del Partido de Acción Nacional. Muchos católicos interesados en participar en política no acudieron a su llamado, pues poco antes les había ganado la convocatoria para integrar la Unión Nacional Sinarquista. Pero ésta reclutó sus efectivos especialmente en el campo, y entre los creyentes más pobres en las ciudades, mientras que los de clase media, la típica gente decente había preferido mantenerse al margen, e ingresaron por eso al PAN.

Fueron difíciles y lentos los pasos iniciales del nuevo partido. Creado en la víspera de una contienda electoral cuyos contornos ya perfilados lo dejaban fuera, no se presentó en las elecciones de 1940, aunque inició la postulación de candidatos a diputados en 1943, y en el siguiente trienio, aunque no contó tampoco con candidato presidencial, pudo ingresar ya en la Cámara. Ni Almazán ni Padilla fueron aspirantes suyos, pero sus programas eran cercanos a las propuestas del PAN. Y aunque su dirección nacional no dio consigna de votar por esos candidatos, es presumible que el esfuerzo electoral panista se concentró en apoyarlos.

Tampoco le favorecieron las condiciones en 1952, pues desunida de nuevo la familia revolucionaria, otra vez la verdadera pelea se daba entre candidatos surgidos del mismo tronco. Por eso, la candidatura presidencial primera de Acción Nacional, la de don Efraín González Luna, apenas contó, aunque su presencia fue mayor que la de Lombardo Toledano, capaz él sí de inaugurar la actividad electoral de su nuevo Partido Popular con una postulación de gran dimensión propia aunque de escasa raigambre social en ese momento.

En la década de los cincuentas, Acción Nacional comenzó a ganar importancia en algunas entidades. En Baja California, por ejemplo, Salvador Rosas Magallón se convirtió en poderoso rival del candidato priísta a gober-



Luis H. Alvarez... fue candidato a la presidencia en 1958.

nador en 1959, Eligio Esquivel. Una apasionada relación de aquella campaña mereció el dramático título de "Democracia dirigida... con ametralladoras", en alusión a una frase gubernamental, en boga entonces, que explicaba el singular carácter de la democracia mexicana. Un año antes, las elecciones federales habían sido de tal modo fraudulentas, a juicio del PAN, que instó a sus candidatos a no ingresar en la Cámara de Diputados, aun si se les reconociera el triunfo, para presionar de esa manera al respeto a sus votos. Dos de tales candidatos desacataron el pedido del mando nacional panista, y la ley electoral fue reformada para amenazar con severos castigos a los partidos que incurrieran en llamados de aquel género, pero el precedente sirvió para afianzar la disciplina interior del panismo, y para hacerlo progresar, especialmente en elecciones federales.

Cuando en 1964 se pusieron en práctica las reformas que crearon las diputaciones de partido, Acción Nacional era ya indisputablemente la primera fuerza de oposición. Por eso obtuvo la mayor cuota de curules posibles, y adquirió carácter de gigante al lado de los hechizos PARM y PPS. Pero era todavía grande sólo en relación con los partidos minoritarios creados al influjo gubernamental. Aunque durante la década de los sesentas en Sonora, y en Baja California de nuevo, y en Yucatán evidenció algunas de las potencialidades que más tarde habrían de aflorar, seguía siendo el partido de votantes que se retiraban a sus casas con toda prudencia una vez pasadas las elecciones, y volvían una y otra vez a las urnas, en la creencia de que el sufragio era la clave de la democracia.

El relevo generacional fue haciéndose evidente dentro de Acción Nacional cuando en 1970 el candidato panista fue el hijo del primer aspirante a Palacio Nacional presentado por aquel partido. Seis años más tarde, aquel candidato, Efraín González Luna, protagonizó la segunda gran crisis interna de Acción Nacional. La primera había ocurrido cuando al comenzar los sesentas, una corriente pretendió hacer del liberal partido una agrupación democristiana. La fuerza personal del dirigente de entonces, Aldo Christlieb, impidió que el partido se desgajara, aunque no sin perder algunos cuadros valiosos. Pero a mediados de los setentas, cuando el PAN no presentó candidato a la Presidencia por desacuerdos internos, parecía que su tendencia al alza había concluido, y que llegado a sus límites no tendría más remedio que hacer mutis de la escena política mexicana.

Pero la primera fase de la ya prolongada crisis mexicana vino en su auxilio. Echeverría terminó su gobierno dejando en muy malas condiciones a las capas de la sociedad donde germina la votación panista, y el de López Portillo las puso en mucho peor situación. Naturalmente, no sólo esos fenómenos permitieron al PAN incrementar su presencia electoral. La propia crisis había impedido al gobierno mantener con los empresarios el pacto en que uno y otro segmento había podido medrar en los últimos años. Modificadas las condiciones de tal pacto, importantes cuadros empresariales resolvieron al iniciarse esta administración no dar ya su apoyo al gobierno y su partido, sino poner sus medios y su influencia al servicio de Acción Nacional. Lo hicieron con éxito en algunas entidades, especialmente en Chihuahua, en 1983. El resto de la historia es muy reciente y por lo tanto muy conocida.

Alvarez, que fue candidato a la presidencia en 1958, luego a la gubernatura de Chihuahua y que en 1983 ganó la alcaldía de su ciudad natal, llega a dirigir su partido en la etapa en que puede efectivamente lanzarse a la consecución de triunfos perdurables, porque otras fuerzas convergen con él, aunque no con la misma legitimidad, en sus propósitos. Si algún cambio habrá en la vida electoral mexicana en los próximos años —y parece inminente que los haya— tendrá al PAN como uno de sus protagonistas infaltables.